



EL PRIMER AMIGO



EL PRIMER AMIGO



No pudiendo ser como queremos, con todos nuestros amigos, intentamos poner en acción nuestro propósito con un amigo solo: como sucede algunas veces en los estudios de la adolescencia, en que después de un mes de furor enciclopédico, asustados por la inmensidad de la empresa nos vengamos modestamente sobre una materia única.

Es un caso psicológico de la vida de todos: escoger un amigo entre los más simpáticos, ponerlo en candilero, é ir repitiendo con tanta insistencia á nosotros mismos y á nuestros amigos, que él es el primero y el más querido de estos, que se acaba por creerlo y por ser verdaderamente respecto á él, amigo perfecto.

Así se obtiene una especie de perfeccion unilateral de la cual procuramos enorgullecernos.

Pero ¡pobres de nosotros! Al propósito sincero de elevar el ánimo, cuántas bajas causas se mezclan secretamente en esta consagración que haremos de un amigo príncipe.

Entra en nosotros la ambición de parecer capaces de grandes afectos y de hacer entender al mundo que tenemos en el corazón tesoros misteriosos conocidos y apreciados por uno solo; también toma parte, aunque á escondidas, el interés de fabricarnos una amistad segura y útil en las necesidades, y se une asimismo cierto engaño voluntario de la conciencia, por el cual parece que, siendo perfecto con uno, podremos con ménos remordimiento ejercitar nuestros defectos con todos los demás.

Os encontrareis también, buscando bien adentro, no sé qué amor intuitivo y pedantesco al orden que os hace asignar una gerarquía á todas las cosas, aun á los afectos. Debeis tener, por fin, oculto, el aleteo de una suerte de complacencia vanidosa que experimentamos al decir aquellas palabras:

—Mi más querido amigo, el primero de mis amigos;—las cuales expresan una seguridad de sentimiento honroso para nuestro carácter y encierran una imágen grandiosa que acaricia nuestra vanidad, porque:—Mi primer amigo,—quiere decir también vagamente con un roco de exageración retórica:

—Un hombre que en su corazón nos pone por encima de los otros setecientos millones de hombres que pueblan la tierra, y al cual en nuestro corazón rendimos los mismos honores: de potencia á potencia.

*
* *

Mas pudiéramos ridiculizarlo mucho, si tomásemos la cosa por el lado cómico.

Quién no ha observado en cuántas formas extrañas y ridículas se manifiesta esta enfermedad del "amigo íntimo" cuando no nace del orgullo y de la vanidad, como sucede casi siempre?

Para muchos el amigo íntimo no es otro que aquel con el cual hemos llegado á constituir una sociedad bilateral de elogios mútuos y de desprecio universal. Para algunos era un amigo lejano, un "íntimo" de otros tiempos, del cual, verdaderamente, no se ocupan nada: pero hablan de él como del alma de su alma, y lo realzan, para rebajar á todos los demás, y os dicen en vuestra cara, delicadamente, mostrándoos el dedo pulgar de la mano derecha—que tienen un solo verdadero amigo en el mundo,—¡uno solo, sabedlo! y debeis comprender que os cuentan en el número de los amigos de tres al cuarto.

Para otros, este "amigo íntimo" es un muerto, y le

han guardado la fidelidad de la viudez, lo cual quiere decir, que ha habido un solo hombre en el mundo, que "los haya comprendido" y que para todos los demás amigos, ellos son y serán siempre un libro lleno de enigmas que ninguno es digno ni capaz de leer. Para algunos esta pasión del amigo íntimo pica muy alto: su amigo íntimo, es siempre un hombre ilustre y poderoso, que los quiere con un entrañable y oculto afecto, al que ellos corresponden, no por su fama y por su poder, que más bien son un obstáculo á la amistad, sino por ciertas cualidades de su alma, solo por ellas conocidos. Para otros, por el contrario, el amigo íntimo es siempre un protegido, uno más jóven que ellos, un tesoro escondido, sacado de su oscuridad, llevado en triunfo por ellos, un ingenio y un corazón de los cuales tienen en la mano todas las claves y lo van repitiendo en los oídos de todos y estos son una prueba de aquella gran verdad, que el entusiasmo con que se reciben á los que empiezan á desarrollar en el mundo, procede á menudo de la envidia que se tiene á los que ya figuran.

¿Y qué razones guían á la vanidad en la elección? ¿Habeis visto alguna vez á un vanidoso colocar en primer lugar entre sus amigos á aquel que se le parece ménos, bajo todos los aspectos, no por simpatía,

sino para formar con él una antítesis extraña, que despierte curiosidad y haga discurrir?

Un hombre de ingenio ¿escojerá un estúpido, para vanagloriarse públicamente de la diferencia? Y ciertos amigos de elevada estatura ¿irán siempre juntos como dos hermanos, sin otro lazo comun que la intencion de presentar una simetría majestuosa y vistosa de grandeza?

*
* *

Pero cuando la preferencia viene del corazon, y está sostenida por un sólido propósito y acompañada de la observacion, esta pasion del "amigo íntimo" dá lugar á uno de los más bellos y de los más útiles experimentos que se pueden hacer con el corazon humano.

Lo hemos escogido: queremos que él llegue á ser como un hermano nuestro, y serlo nosotros para él; le demostramos una gran benevolencia, y nos esforzamos en despertársela de todo corazon; dis simulamos ó corregimos, para él sólo, todos nuestros defectos, y cerramos los ojos á los suyos; lo tratamos sin adulacion, con la mayor galantería; no solo no manifestamos á otros, sino que ni á nosotros mismos, en nuestro fuero interno, ningun juicio que le sea desfavorable; lo antepo-
nemos á todos, lo buscamos, lo acariciamos, nos ingeniamos por todos los medios, para serle agradables y hacernos querer, y mantenernos siempre respecto á él en un estado tal de ánimo, que

pueda leer dentro de nosotros en cualquier momento, sin encontrar nada que censurar ni de qué quejarse; querríamos ver, si nos fuera posible, á fuerza de voluntad, de bondad, de sacrificios del amor propio y de cortesía, llegar á ser nosotros para él un verdadero amigo al ménos para uno solo y procurarnos un amigo verdadero, siquiera uno.

Y bien, sí; nuestro esfuerzo consigue casi siempre y casi inmediatamente algun fruto. No hay naturaleza humana, por torpe y dura que sea, que no se ennoblezca y no corresponda en algun modo á aquella prueba.

Nuestro amigo, se nos une pronto, aunque no sospeche nuestro propósito. Alguno de sus defectos, desaparecen de raíz en poco tiempo, por la sola razon, de haber cesado en nosotros, los defectos correspondientes, y ciertas virtudes suyas ocultas, se revelan "porque la benevolencia, es como el sol que hace florecer en otros las buenas cualidades que estaban enfermas y las que estaban viciadas;" de donde puede deducirse que no tenemos derecho á juzgar sino á las personas á quienes amamos.

Y además de las que adquiere, se adorna poco á poco con las buenas cualidades que nuestro desco nos hace ver en él confundidas con las que realmente tiene. Y fácilmente nos llegamos á creer, que el tra-

baja dentro de sí con el mismo sentimiento de amistad ideal, con el que nosotros trabajamos; y creemos ver mil sentimientos benévolos en todos sus actos y en todas sus palabras y llega un día en el cual sentimos verdaderamente aquella amistad ardiente, poética, pura, á la que aspirábamos, creemos firmemente que nos es correspondida, y decimos con conciencia y con altivez lo que decíamos al principio por vanagloria: "¡Sí! ¡El es el primero de mis amigos.....!"



Pero ¡cuán breve es la ilusión! Los grandes lazos de la amistad, resisten mucho tiempo; pero todos aquellos sutilísimos hilos de oro que habíamos añadido, tendiéndolos con cuidado y con amor y entrelazándolos en delicado dibujo, se descomponen y se rompen al primer descuido, destruyendo en un momento el trabajo fatigoso de muchos meses.

Y un descuido, tarde ó temprano se tiene; no es posible andar mucho tiempo así, acordes y unidos como dos ángeles.

¡Dios mío! los defectos han disminuido, pero no se han extirpado; el orgullo, se ha disfrazado, pero no se ha domado. Trascurrido cierto tiempo, nos parece tener bastante crédito, y queremos empezar á descuidarnos; queremos tener derechos; pedimos y examinamos el que nos han dado; y encontramos fácilmente que la ganancia no nos compensa de las pérdidas.

Hemos alcanzado una buena amistad, pero soñá-

bamos otra cosa. ¿Qué cosa es esta? No lo sabremos decir.

Habrá sido una palabra inadvertida, una entonación de voz, cualquier cosa: en aquella armonía perfecta y muy delicada, una ligerísima desafinación, hace el efecto de un ahullido grosero, desde aquel momento, mil tenaces dudas nos han entrado en el corazón. ¿Habremos escogido mal? ¿Merecía verdaderamente este amigo todo aquello de lo que lo hemos creído digno? ¿Ha comprendido nuestra idea? ¿Es capaz de comprenderla?

El entusiasmo se desvanece, el amigo vuelve á tomar su verdadero aspecto, el sentido crítico se despierta en nosotros, y entónces todo ha concluido.

Si aun persistimos en nuestro propósito, no persistiremos ya con ventaja nuestra ni con ventaja suya.

Continuamos tratándolo con la misma benevolencia y con la misma delicadeza que al principio; pero no le tenemos ya aquel afecto vivo, no experimentamos aquel placer, aquel ardor de artistas satisfechos de su propia obra, el cual nos brillaba primero en los ojos y se infundía en el amigo, y le obligaba á ayudarnos y á facilitarnos el trabajo.

Nuestras demostraciones afectuosas dejan revelar un pequeño esfuerzo, y nuestras miradas no expresan ya todo el sentido de las palabras, y nuestra delicadeza, no tiene ya su antiguo aroma.

*
* *

Y entónces, ¡en qué extrañas y difíciles condiciones nos encontramos el uno respecto del otro! A la espalda de nuestro amigo nos parece ver continuamente, como un fantasma, la figura ideal en que le habíamos trasformado, la cual nos mira con aire burlon. Su aspecto, que nos recuerda nuestra pueril ilusion, tiene para nosotros algo de cómico y de triste, como la caricatura de una persona querida; nos es molesto y nos avergüenza. Lo miramos de piés á cabeza, sin él vernos, con un sentimiento de cólera y de piedad hácia él y hácia nosotros mismos, y nos parece oír una voz burlona que nos dice al oído:

—¡Hé ahí tu amigo predilecto, tu amigo íntimo, tu ideal, tu Pitia, á qué ha quedado reducido!

Nuestro antiguo propósito, considerado así friamente, separado de aquellas mil ideas que venfan al corazon ardiente de afecto, y nos lo hacen aparecer tan bello y tan fácil de ejecutar, no nos parece ya que fuera sincero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTRO"
1960. 1025 MONTAÑANA, NUEVO LEÓN

Y nos encontramos precisados á conservar delante de él y delante de los demás las apariencias de aquella primera amistad, entrañable y poética, porque no hay ninguna razon patente y clara por la cual deba haber mudado. Él debe todavía ocupar el lugar del amigo predilecto, como lo habíamos proclamado solemnemente, y debemos seguir rindiéndole los honores que le habíamos decretado.

¡Qué penoso deber! Porque con él no nos es permitido fastidiarnos, y nos fastidiamos. El mal humor que podemos desahogar con otros, con el tenemos que reprimirlo; las formas corteses que podemos descuidar alguna vez con los amigos de más confianza, con él debemos guardarlas severamente.

¿Qué desgraciada idea hemos tenido al echar aquella carga sobre nuestros hombros? La culpa toda es nuestra, y nos remuerde la conciencia por ello alguna vez, y con el remordimiento, experimentamos un sentimiento nuevo. é instantáneo hácia aquel pobre amigo que cayó de su pedestal, y un deseo de volvérselo á levantar para que permanezca algun tiempo sobre él.... Pero sería inútil; se puede levantar de nuevo un amigo caido de nuestra estimacion; pero no se levanta el que de nuestra imaginacion ha caido.

*
**

¡Ah! La historia de nuestros "amigos íntimos" que nos han engañado, ¡qué curioso capítulo sería en la autobiografía de cada uno de nosotros! Entre los demás, nos viene siempre á la memoria uno de los últimos, un estafador, alrededor del cual y por el cual "trabajamos" algun tiempo con un entusiasmo de poeta, y él manifestaba hacer otro tanto, por su parte, para animarnos á perseverar; pero hacía como el que finge ayudar á otro para llevar un gran peso; hincha los carrillos y nos deja hacer el esfuerzo; y despues de habernos estafado un año de cortesías, de sacrificios y de afecciones, puesto á prueba se nos manifestó de repente áspero, duro é intacto como el primer día.

Nos acordamos tambien de otro, que era nuestro émulo no sabemos en qué, y que habíamos ya casi llevado á la perfeccion; pero nuestro trabajo no adelantó sino hasta tanto que nuestras vanidades de émulo se equilibraron, y esto duró hasta que nos

encontramos ambos casi á la misma altura: despues, él se nos adelantó un poco, y entonces, dimos entrada á los celos, no envenenados, no tanto para impedirnos tenerlo por amigo como tantos otros, pero bastante vivos, sin embargo, para hacernos imposible conceptuarlo en primer lugar, y lo hicimos descender algunos escalones.

Nos acordamos ahora de otro.... Pero con éste nos hemos engañado uno á otro inconscientemente: fué un caso raro.

Imaginaos dos amigos, que por mucho tiempo creen admirarse y quererse con entusiasmo; que hacen el uno del otro, con los ojos humedecidos, los más hiperbólicos elogios; que se encontraban juntos todos los días, porque tenian la seguridad de que no podrían pasar un día sin verse; que se hacen por cartas las más ardientes y nobles protestas de afecto y de cariño que jamás han salido de la pluma de dos amigos, y que despues, el mejor día, sin que haya pasado nada, con gran sorpresa de los dos, se les ocurre que no es verdad nada de esto, que son indiferentes el uno para el otro, que no han nacido para entenderse, que su amistad no es sino una sustancia que se evapora rápidamente en una poca de agua, una efervescencia de sus fantasías, un castillo de fuego quemado por dos per-

seguidores del ideal que se han encontrado por casualidad....

Y aun esto lo habíamos ocultado en un ángulo del estudio,—en aquel ángulo que tienen todos los escultores de amigos,—detrás de la cortina verde, junto con otras obras maestras desechadas.

*
* *

Pero de los que tenemos ahora estamos seguros. Cuándo haya nacido esta predileccion no lo sabemos bien. Quizás antes de que tuviéramos conciencia de ella, era ya el más íntimo de nuestros amigos en el fondo del corazón.

Un día, en un raptó de desesperacion, le digimos una palabra inconveniente. No era grave; pero nos pareció enorme, porque era la primera que se nos escapaba con él.

La vergüenza y el dolor que nos hizo experimentar, fué para nosotros una revelacion; comprendimos entonces el cariño que le teníamos. Y aquel día le habíamos llamado el más querido de nuestros amigos y nos habíamos dedicado á él. Pero no nos fué preciso hacer grandes esfuerzos, porque él es el más honrado, el más bueno y el hombre más noble que encontramos en la vida.

Tendrá sus defectos; no queremos conocerlos; qui-

siéramos tener hácia él una afeccion ciega, constante, de esclavo.

No lo conseguimos siempre; alguna vez experimentamos un sentimiento malévoló hasta para él; pero no hace más que cruzar por la mente, y á la primera vez que lo volvemos á ver con aquel aspecto franco y afectuoso, con aquel acento dulce é ingénuo, nos lanzamos á su encuentro con un estremecimiento de alegría y la primera palabra de saludo se queda ahogada en la garganta.

No quedamos contentos del todo, de nosotros mismos al dejarlo; nos parece siempre que no hemos estado bastante corteses, no haberlo dejado bastante satisfecho de nosotros, y preparamos palabras más delicadas para otra entrevista.

El estar solos con él muchas horas, alejados de todos, es para nosotros un placer siempre nuevo que nos prometemos como un premio en medio de todos nuestros trabajos y de todas nuestras amarguras; y no nos sucede nunca separarnos de él, sin remover en nuestro corazón, al volver á casa, las más afectuosas palabras como si él estuviera allí escuchándonos. Nuestra amistad, como el remate de una Pagoda, crecida ya hasta su mayor grandeza, solicita continuamente las miradas y echa en su derredor nuevas raíces.

Volviéndolo á pensar ahora, no llegamos ya á

comprender como habíamos podido decirle un día una palabra inconveniente; nos parece una cosa increíble.

Si en un momento de aberración decimos todavía contra él, interiormente, algunas palabras semejantes, nos falta tiempo para sentir remordimiento, tan pronto y tan impetuosa es la indignación con que renegamos de ella y la despreciamos, como de una cosa indigna.

Gozamos en alabarlo, en enaltecerlo, por cima de nosotros, destruyendo nuestro orgullo en su presencia. Ninguna cosa que nos digese, nos podría ya ofender.

Nos parece que de una grave injuria suya no podremos resentirnos de otro modo que con una inmensa tristeza, y que si nos ofendiera y nos abandonase, continuaríamos queriéndolo bien, saludándolo furtivamente al encontrarlo, y al mirarlo de lejos caríñosamente, como un hermano ingrato, pero sin culpa. Sí; él es nuestro íntimo y nuestro más querido amigo; lo hemos elegido, conquistado y consagrado; el día que le ofendiésemos ó lo abandonásemos, podría, el primero que llegara, echarnos en cara que no teníamos ni cabeza ni corazón, y que éramos indignos de pronunciar el santo nombre de amistad...

Una cosa nos preocupa, sin embargo, mientras de-

cimos estas palabras, las cuales salen de lo más profundo del alma, y sentimos un rumor por detrás de la cortina verde, donde están escondidas las obras maestras desechadas, un rumor semejante á un sonido confuso de golpes de tos y de risas ahogadas.

